

editorcrónicas@comercio.com.pe

contracorriente
POR DAVID HIDALGO VEGA**TESTIMONIOS.** La selva peruana suele cautivar a los extraños que la visitan. Algunos se sumergen en sus misterios, como el estadounidense Ronald Wheelock, quien empezó a estudiar con maestros del bosque. Ahora ejerce su propio ministerio de las plantas en las afueras de Iquitos

Un chamán con dejo gringo

El camino que lleva a la casa es en realidad una trocha abierta entre la maleza. El mototaxi da tumbos sobre la superficie rugosa del terreno, una travesía casi heroica para fierros tan precarios. Cada cierto tramo aparece un letrero, una valla, alguna señal que marca el límite de dominios privados. La trocha conduce a una cerca coronada por un tablón en que se lee: La Rosacita. La calidez del nombre disimula la rudeza de su paisaje: una cabaña muy rústica, a dos kilómetros de la carretera, rodeada de vegetación copiosa y húmeda. Es la clase de refugio que se espera de un hombre que abandona el mundo para vivir una aventura. Ronald Wheelock, su artífice y dueño, administra sus silencios con temple de herbolario. Cualquier desconocido podría confundirlo con un peregrino de los bosques. Él se hace llamar El Gringo Chamán.

Wheelock tiene ocho años en el Perú. Pisó su destino en marzo de 1996. "Mi idea era pasar una semana en la selva y una semana en los Andes, pero al llegar, todo esto me gustó tanto que ya no quise volver", recuerda. De pronto le tocaba abandonar una vida de oficios mundanos: en Kansas fue mecánico, carnicero, chofer y carpintero. Ahora piensa que tal vez ese camino era una preparación para el hombre autosuficiente que es ahora: él mismo levantó la cabaña en la que vive y la cerca que delimita sus terrenos y una cabaña adicional donde atiende a pacientes forasteros. "Me gusta trabajar todo el tiempo", dice el hombre al centro de sus dominios.

SABIDURÍA VERDE

Tras la cabaña principal hay un fogón donde cada cierto tiempo hierve la ayahuasca y otras hierbas con las que ha de preparar sus pociones. "Siempre me gustaron las plantas", comenta El Gringo Chamán. En la selva peruana vino a conocer su alquimia. Aprendió con el maestro Agustín Rivas. Luego con el maestro José Corral, "quien murió a los 100 años". Ahora, aunque ya dirige sus propias sesiones, no deja de recurrir a otros chamanes nativos, más sabios y diestros por herencia, para profundizar sus conocimientos.

El fundo de Wheelock mide una hectárea de lo que se ve como

“No solo se nace y muere. ¿Cómo aprender todo lo que necesitamos saber en una vida?”

un bosque personal. Allí se abatece con los ingredientes de su farmacopea: cathua, lupuna colorada, el purgante ojé, el temible toé, la marupa y el mapacho. Cada cual con sus efectos definidos, que él dice conocer bien. "Algunas plantas son muy tóxicas", advierte con un tono de profundo respeto. Y aun así, cuando le es posible, las adapta a sus necesidades. "La flor de chirisanango la usan para el reumatismo, pero yo la uso para hacer más potentes y claras las visiones", indica como referencia.

Con las medicinas de esa tierra suele tratar varios malestares. Hace poco un hombre vino a buscarlo con un cuadro de hernia, dolores de espalda y problemas de corazón. Según Wheelock, el tipo llegó casi desmoronado y se fue caminando. Meses atrás —un día que recuerda por la noticia del terremoto del sur chico—, una mujer llegó a su fundo agobiada por dolores de vesícula. Él la trató con una mezcla de ayahuasca y chacrana. Cuando se trata de sesiones más místicas, de gente que quiere descubrirse, suele mezclar la planta madre con otras cinco raíces. Con los cálculos para las mezclas ha elaborado sus recetas, que ha probado —asegura— unas dos mil veces. "Hay muchas cosas espirituales aquí", dice pa-

**PÓCIMAS.** Tiene preparados para múltiples afecciones. Tiene una forma personal de preparar su ayahuasca. Los insumos salen de la floresta que rodea su cabaña en La Rosacita.**GALLERO.** Antes de llegar solo conocía las peleas de gallos como espectador. Pero aquí se animó a criarlos. Tiene, sobre todo, ajisechos. Uno de sus campeones lo hizo ganar tres veces.**SILENCIOS.** Ronald Wheelock vive fuera de la ciudad. Cada dos o tres días sale a Iquitos para hacer trámites y contactos y para aprovisionarse. Por lo general prefiere la tranquilidad de la naturaleza.**LIANAS.** En un cobertizo detrás de su casa hierve las raíces de la ayahuasca. Conserva uno de sus árboles intacto para cuando su hijo sea mayor.**AUTOSUFICIENTE.** Wheelock ha edificado los ambientes de su fundo solo o, a lo más, con ayuda de dos amigos. Sus oficios antiguos le sirven mucho.

ra explicar el mundo que lo rodea. "En mi opinión, no solo vivimos y morimos. Todo es infinito. ¿Cómo aprender todo lo que necesitamos saber en una sola vida?"

RASTROS ATÁVICOS

Wheelock parece uno de esos

personajes afectos a las experiencias intensas a pesar de las secuelas. Tiene los brazos tatuados con algunos signos de su éxodo: una cabeza de pitbull, raza de perros que crió durante treinta años; un águila, que representa su vida espiritual; un demonio y un dra-

gón, que proceden de quién sabe qué incendios interiores. Además de esas imágenes, a esa vida pasada en su país solo lo retiene su familia, a la que trata de visitar cada cierto tiempo: una madre que lo apoya en todo, una hija que piensa que está un poco loco, hermanos que tampoco comparten esa idea suya de vivir en los linderos de la realidad, según la mirada occidental. "Yo quiero vivir acá, me siento más libre que en Estados Unidos", dice él.

De hecho, acá tuvo un nuevo hogar, que hoy, tras su separación, le ha dejado un hijo de cinco años. Se llama Quetzalcoatl, como la mítica serpiente emplumada de la cultura azteca. El nombre rondaba la cabeza de Wheelock desde un viaje a México. Cuando se lo propuso a su entonces esposa, ella tuvo reparos, porque ni siquiera era capaz de pronunciarlo correctamente. Él rogó esperar unos

“Tiene un hijo de 5 años llamado Quetzalcoatl, como la serpiente emplumada de la cultura azteca”

días para meditar la idea mientras viajaba a su país para realizar una sesión chamánica a pedido. Allí ocurrió uno de los hechos que El Gringo Chamán considera claves, señales que le marcan el camino. Había pedido a los participantes de la sesión que, de ser posible, pre-

guntaran durante su trance cuál era el nombre que debía ponerle a su hijo. La planta respondería con su sabiduría ancestral. "Al final, un hombre se me acercó y me dijo: 'No tuve respuesta, pero en mis visiones apareció una serpiente emplumada'. Entonces supe que ese era el nombre correcto".

Quetzalcoatl solía jugar en el pequeño bosque de Wheelock, acompañado por espíritus que ya puede ver. El niño ha participado en algunas sesiones de ayahuasca. Ha probado el brebaje, en sorbos mínimos, unas doce veces. "En una ocasión llegó una mujer con cáncer de ovarios. Él la había visto en sueños y cuando la mujer estuvo aquí, recostada, mi hijo me iba indicando dónde estaba el mal", recuerda. En la escena apareció el yanapuma, el rey de la selva, el espíritu que garantiza a los chamanes una inminente curación.

El niño no se inmuta con tales visiones. El Gringo Chamán lo ha preparado de a pocos y hasta puede decirse que en semejante hogar toda planta es un patrimonio familiar. La principal es un rebosante ejemplar de ayahuasca que crece como una reliquia a un costado de la cabaña. "Nunca lo he tocado, lo guardo para cuando mi hijo cumple 16 años. Entonces tomaremos juntos, así como otra gente guarda un vino para las ocasiones especiales". Wheelock dice haber sembrado otros cincuenta árboles, que le han servido en su trabajo.

CONCIENCIA TERRENAL

Frente al fondo, del otro lado del camino que atraviesa la floresta, hay un galpón para crianza de gallos. Es

una afición antigua, que nunca tuvo oportunidad de cultivar. "En mi país solo hay dos estados que permiten las peleas", explica. Antes solo conocía criadores, ahora él tiene 21 ejemplares propios. La crianza le permitió ganar simpatías entre personajes locales influyentes, pero también entretener a los turistas que llegan para ponerse en sus manos. Son sus principales clientes. Occidental al fin, Wheelock sabe que necesita un valor agregado para vivir de su oficio.

No es el primero ni el último extranjero que se mete de chamán, aunque algunos no han tenido tan buena estrella. Años atrás cierto tipo de Kentucky fue apresado temporalmente por traficar con ayahuasca hacia otros países. La sabiduría de la selva tiene caminos impredecibles. "Los chamanes amazónicos creen que la ayahuasca enseña a vivir bien, en armonía con uno mismo y con la naturaleza, pero su abuso puede conducir a la locura", ha escrito el especialista en temas selváticos Roger Rumrill. Ronald Wheelock asegura comprenderlo como todos sus colegas. "¿Por qué hay plantas alucinógenas en el mundo? El Señor las puso para que las usemos bien", refiere. Hay un sincretismo naturalista en sus palabras: una fe apuntalada por los espíritus silvestres. La planta de toé junto al galpón es una viejita que cuida la casa y revierte las malas vibras, pero, mal usada, también podría matarlo. Es un mundo incierto incluso para un tipo intrépido. "A veces creo que esto es el purgatorio", asegura. A veces piensa que es el paraíso. ■